

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

LA ESCUELA DE PERIODISMO  
DE LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA

*Aquel que escribe, aquel que cada mes, cada semana, cada día produce el material que va a conformar el pensamiento del público es, en esencia, aquel que determina, más que nadie, el carácter de la gente y el tipo de gobierno que esa gente tendrá.*

THEODORE ROOSEVELT, 7 DE ABRIL DE 1904

El director de *The North American Review* me ha pedido que responda a un artículo publicado recientemente en sus páginas donde se critica a la Facultad de Periodismo que yo he financiado como parte de la Universidad de Columbia. Amén de atender a su solicitud, he preferido abarcar también con mi réplica otros recelos y críticas, muchos sinceros, otros banales, algunos basados en malos entendidos, pero que en su mayoría no demuestran más que prejuicios e ignorancia. Si mis comentarios a esas críticas parecieran difusos

---

Este texto fue publicado por primera vez en la *North American Review* (n.º 178, mayo de 1904, pp. 641-680).  
[N. de la T.]

y quizá repetitivos, mi disculpa es que, lamentablemente, me veo obligado a escribir con la voz y no con la pluma, y a repasar las pruebas de imprenta con el oído y no con la vista, lo cual es una tarea un tanto ardua<sup>1</sup>.

Algunos de mis críticos califican mi propósito de «visionario». Si eso fuera cierto, al menos puedo alegar que es una visión que he albergado durante largo tiempo, que he meditado muy profundamente y que he perseguido con tesón. Hace doce años le propuse mi idea a Low, el rector de la Universidad de Columbia, pero los miembros del Consejo no la aceptaron. Desde entonces, he seguido perfeccionando y organizando mis ideas, y ahora mi propuesta ha sido aceptada. Mi único afán al examinar las críticas y los recelos que he recibido ha sido el de encontrar la verdad. Reconozco que los obstáculos son numerosos, pero tras sopesarlos imparcialmente estoy mucho más convencido del éxito final de mi idea. Antes de que este siglo llegue a su fin, las facultades de Periodismo serán aceptadas por todos como una rama más de la educación especializada, tal y como lo son ahora las de Medicina y Derecho.

Y ahora me dirigiré a nuestros críticos y detractores:

### **Un periodista, ¿«nace»?**

Objetan los críticos y pejugeros que un «hombre de prensa» solamente debe apoyarse en sus aptitudes naturales o, como suele decirse, que «nace, no se hace».

¿Podrían acaso nombrar ellos a algún gran redactor que haya nacido con las alas de Mercurio, el mensajero de los dioses? Yo no conozco a ninguno. El único puesto en nuestra república que se me ocurre que pueda ser cubierto por un hombre por el mero hecho de haber nacido es el de imbécil. ¿Acaso hay algún puesto para el que un hombre no demande y reciba una formación, ya sea esta en casa, en academias, en facultades, a través de maestros artesanos o de vivencias amargas como la quemadura que hace que un niño tema al fuego o los costosos y garrafales errores del aspirante?

El último citado es el proceso por el cual la profesión periodística recluta actualmente a sus nuevos miembros, a través de la selección natural y el

triunfo de los más fuertes, que van sembrando con sus errores el terreno por el que pasan.

El «redactor nato» que logra el éxito sin una preparación especial es, simplemente, un hombre con una aptitud y una habilidad poco comunes para la profesión que ha elegido, con una fuerte capacidad de concentración y de esfuerzo constante, alguien que ama su trabajo y vuelca en él su corazón y su mente, un hombre culto en el sentido más estricto, sólo que ha sustituido la educación transmitida por otros con el autoaprendizaje, compensando las carencias de su formación con el sacrificio incondicional de placeres, fuerzas y energía. Pero, incluso en ese caso, ¿no habría sido una ventaja tener un sistema de enseñanza que le hubiera dado los mismos resultados, pero ahorrándose mucho tiempo y esfuerzo?

La educación empieza desde la cuna, en casa, con las enseñanzas de una madre, y continúa durante toda la vida con muchas otras influencias. La universidad es una de esas influencias: útil, pero no milagrosa. Un tonto que arrastre una retahíla de títulos tras su nombre seguirá siendo un tonto, y un genio, si se ve en la necesidad,

inventará su propia universidad, aunque malgastando un esfuerzo que bien podría haberse empleado en un trabajo productivo. Creo recordar que Lincoln, cuya formación académica consistió en un libro prestado que leía a la luz del hogar, estudió a Euclides en el Congreso cuando tenía casi cuarenta años. Pero, ¿no habría sido mejor si ese trabajo se hubiera realizado a los catorce?

Toda inteligencia requiere un desarrollo. La más alta se beneficia de él y la más baja no es nada sin él. La mejor obra de Shakespeare, *Hamlet*, no fue la primera, sino la decimonovena, escrita con edad y madurez, después del esfuerzo, la experiencia, el ejercicio de sus facultades y los conocimientos acumulados tras escribir dieciocho obras teatrales. Ya que Shakespeare fue un genio «nato», ¿por qué no empezó escribiendo ya *Hamlet*?

John Stuart Mill tenía un talento natural. Sin embargo, el desarrollo de ese talento se llevó al límite con una temprana educación que fue no sólo rigurosa, sino inhumana. Su padre fue su universidad, una gran universidad, mejor que cualquier otra de Inglaterra. Al igual que Mill, Herbert Spencer, Buckle, Huxley, Tyndall y Lewes no disfrutaron

de una formación universitaria, pero su disciplina mental fue mucho más severa. Cobden nació, sin duda, siendo un genio, pero si comparamos su estilo original, ampuloso y sin fluidez, con la magistral claridad y fuerza de su madurez, ¿no queda claro que su cerebro se desarrolló gracias al trabajo, como lo hicieron los músculos de Sandow?

No hay duda de que en todos los campos las aptitudes naturales son la clave del éxito. Cuando se trató de convertir a Whistler en un soldado disciplinado, hasta West Point terminó por deponer las armas. Un aserradero podrá contar con las más modernas mejoras, pero no obtendrá una tabla de pino a partir de un tronco de tilo. Ninguna universidad puede crear un buen abogado si este no tiene una mente jurídica sobre la que trabajar, ni tampoco hará de un joven destinado a vender esparadraps un médico reconocido. Talleyrand recibió el sacramento de la ordenación, pero eso no le convirtió en un santo varón.

Con más frecuencia incluso que al hablar de un gran redactor, suele decirse que un gran general nace, no se hace. El historiador pintoresco nos cuenta que «cayó como un rayo sobre el enemigo»,

y nos imaginamos a un mago capaz de hacer milagros. Pero la realidad es que ese magnífico general no es más que un hombre que ha aprendido a utilizar con habilidad las leyes naturales de la fuerza y que tiene la templanza necesaria para aplicar sus conocimientos. Aníbal, en mi opinión el mejor de todos, es reconocido como un ejemplo típico de genialidad militar innata. Pero, ¿podemos olvidar que fue hijo y alumno de Amílcar, el soldado más capaz de su generación, que nació en un campamento y siempre vivió en un ambiente militar, que juró en su más tierna infancia odio y guerra a Roma y que heredó de su padre todos los conocimientos militares que la experiencia de la Antigüedad podía ofrecer? Había recibido una educación. Su padre representaba una universidad militar para él. ¿Podemos pensar en Napoleón sin recordar que recibió la mejor educación militar de la época, en la academia de Brienne<sup>2</sup>, y que siempre fue un ávido estudiante de las grandes campañas de la historia? Federico el Grande perdió la cabeza en su primera batalla. Le llevó años aprender el oficio y, finalmente, superar a sus instructores. No hay ningún cadete en ninguna

academia militar al que no se le pida, como parte de su preparación profesional, que estudie todas las batallas importantes de las que se tenga algún registro: cómo se libraron, qué errores se cometieron en cada bando y cómo se ganaron.

Cada número de un periódico representa una batalla: una batalla por la excelencia. Cuando el director lo lee y lo compara con sus rivales sabe si se ha anotado una victoria o sufrido una derrota. ¿No sería de tanta utilidad para el estudiante de periodismo leer sobre esas batallas de la prensa como lo es para el estudiante de la guerra hacerlo sobre las batallas militares?

Hay quienes objetan que el instinto de la noticia debe ser innato.

Y así es. Pero, por grande que sea el don, si ese instinto innato se dejase libre en cualquier redacción de Nueva York sin pasar por el juicio sensato generado tras la experiencia y la educación, el resultado sería más grato para los abogados que para el redactor. Una de las principales dificultades del periodismo actual es impedir que dicho instinto campe a sus anchas por encima de la precisión y

de la conciencia. Y si el «olfato para las noticias» se adquiere en la cuna, ¿no necesita el instinto, al igual que otras grandes cualidades, desarrollarse a través de la enseñanza, el ejercicio, las lecciones prácticas que ilustren lo bueno y lo malo, el Bien y el Mal, lo popular y lo impopular, lo que tiene éxito y lo que no y, sobre todo, las cosas que merecen tener éxito y las que no lo merecen —no sólo las cosas que tienen una buena tirada hoy, sino las que forjan la reputación, la influencia y la confianza del público?

### **¿Puede desarrollarse la conciencia?**

*De los fines que un legislador debe tener presentes ninguno resulta importante si lo comparamos con el de «forjar el carácter». En eso y nada más consiste la educación nacional.*

HERBERT SPENCER<sup>3</sup>

Objetan que el carácter moral, al igual que el instinto para las noticias, no se crea, sino que ha de ser innato. Es esta una objeción muy seria, ya que para mí, si un redactor no tiene carácter moral, no tiene nada. Pero, ¿es eso realmente cierto? ¿Acaso